



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 1 de agosto de 1979

1. Se acerca *el primer aniversario* de la muerte del Papa Pablo VI. Dios lo llamó junto a Sí el 6 de agosto del año pasado, fecha en que, cada año, se celebra la solemnidad de la Transfiguración del Señor. Esta solemnidad, bella y rica de contenido, fue la última jornada del Papa Pablo VI sobre la tierra, el día de su muerte, el día de su tránsito desde la vida de aquí abajo a la eternidad. "La vida no se quita, sino que se transforma"; así rezamos en el Prefacio de la Misa de Difuntos. En efecto, el día mismo de la muerte de aquel gran Papa, día de la Transfiguración, se ha hecho signo elocuente de esta verdad.

Podemos reflexionar *sobre el significado del día* que Dios eligió para que concluyera una vida tan laboriosa, tan llena de dedicación y de sacrificio por la causa de Cristo, del Evangelio, de la Iglesia. El pontificado de Pablo VI, ¿no ha sido acaso un tiempo de profunda transformación, promovida por el Espíritu Santo a través de toda la actividad del Concilio, convocado por su predecesor? Pablo VI, que había heredado de Juan XXIII la obra del Concilio inmediatamente después de la primera sesión en 1963, ¿no se encontró acaso *en el centro mismo de esa transformación*, primero como el Papa del *Vaticano II* y luego como el Papa de la realización del Vaticano II, en el período más difícil, inmediatamente después de la clausura del Concilio?

Si nos es lícito reflexionar sobre el significado del día que Dios eligió como clausura de su ministerio pontificio, se acumulan en la mente varias interpretaciones. Recordando la fiesta de la Transfiguración que Dios quiso como fecha conclusiva de su fe sobre la tierra (cf. *2 Tim 4, 7*), podríamos decir que aquel día manifestó, en cierto modo, el *particular carisma* y también el *particular esfuerzo* de su vida. Carisma de la "transformación" y esfuerzo de la "transformación". Se podría decir, desarrollando este pensamiento, que el Señor, habiendo llamado al Papa Pablo a su gloria, en la solemnidad de su Transfiguración, le permitió a él y nos permitió a nosotros

conocer que *en toda obra de "transformación"*, de renovación de la Iglesia en el espíritu del Vaticano II, *Él está presente*, como lo estuvo en aquel maravilloso acontecimiento que tuvo lugar en el monte Tabor y que preparó a los Apóstoles para la salida de Cristo de esta tierra, primero a través de la cruz y luego a través de la resurrección.

2. ¡*El Papa del Vaticano II!* ¡El Papa de aquella profunda transformación, que era nada menos que una revelación del rostro de la Iglesia, esperada por el hombre y por del mundo de hoy! Hay también aquí una analogía con el misterio de la Transfiguración del Señor. En efecto; el mismo Cristo que los Apóstoles vieron sobre el monte Tabor no era sino Aquel a quien habían conocido todos los días, Aquel cuyas palabras habían escuchado y cuyas acciones habían visto. Sobre el monte Tabor, se les reveló *el mismo Señor, pero "transfigurado"*. En esa Transfiguración se manifestó y se realizó una imagen de su Maestro que en todas las anteriores circunstancias les era desconocida, estaba oculta para ellos.

Juan XXIII, y después de él Pablo VI, recibieron del Espíritu Santo el carisma de la transformación, gracias al cual la *figura de la Iglesia*, a todos conocida, se manifestó *igual* y, al mismo tiempo, *diversa*. Esa "diversidad" no significa alejamiento de su propia esencia, sino más bien una penetración más profunda en la esencia misma. Es la revelación de aquella figura de la Iglesia que estaba escondida anteriormente. Era necesario que, a través de los "signos de los tiempos", reconocidos por el Concilio, se hiciese manifiesta y visible, se hiciese principio de vida y de acción para el tiempo en que vivimos y para el futuro.

El Papa, que nos dejó el año pasado en la solemnidad de la Transfiguración del Señor, recibió del Espíritu Santo el carisma de su tiempo. En efecto; si *la transformación de la Iglesia debe servir para su renovación*, hace falta que el que la emprenda posea una conciencia particularmente fuerte de la identidad de la Iglesia. Pablo VI manifestó la expresión de tal conciencia sobre todo en su primera Encíclica *Ecclesiam suam* y después, continuamente: proclamando el Credo del Pueblo de Dios y emanando una serie de normas ejecutivas, referentes a las deliberaciones del Vaticano II, inaugurando la actividad del Sínodo de los Obispos, avanzando como un precursor en dirección de la unión de los cristianos, reformando la Curia Romana, internacionalizando el Colegio Cardenalicio, etc.

En todo ello, se revelaba siempre la misma conciencia de la Iglesia, que *confirma* más profundamente la propia *identidad en la capacidad de renovación*, de afrontar las transformaciones que surgen de su vitalidad y, al mismo tiempo, de la autenticidad de la tradición.

3. Permitid que en este contexto evoque *al menos algunas frases de las muy numerosas enunciaciones del Papa muerto hace un año*. En su primera Encíclica, la *Ecclesiam suam*, que lleva precisamente la fecha del 6 de agosto de 1964, se expresaba así: "Por una parte, la vida cristiana, tal como la Iglesia la defiende y promueve, debe continua y valerosamente evitar todo cuanto pueda engañarla, profanarla, sofocarla, como para inmunizarse contra el contagio del error

y del mal; por otra, no sólo debe adaptarse a los modos de concebir y de vivir que el ambiente temporal le ofrece y le impone, en cuanto sean compatibles con las exigencias esenciales de su programa religioso y moral, sino que debe procurar acercarse a él, purificarlo, ennoblecerlo, vivificarlo y santificarlo... La palabra, hoy ya famosa, de nuestro venerable predecesor Juan XXIII, de feliz memoria, la palabra *aggiornamento* la tendremos siempre presente como norma y programa; lo hemos confirmado como criterio directivo del Concilio Ecuménico, y lo recordaremos como un estímulo a la siempre renaciente vitalidad de la Iglesia, a su siempre vigilante capacidad de estudiar las señales de los tiempos y a su siempre joven agilidad de *probar todo y de apropiarse lo que es bueno* (cf. *1 Tes 5, 21*); y ello, siempre y en todas partes" (*Ecclesiam suam* n. 44 y 52).

Y algunos años después, decía en un discurso: "Quien ha comprendido algo de la vida cristiana no puede prescindir de una aspiración constante a la renovación. Los que atribuyen a la vida cristiana un carácter de estabilidad, de fidelidad, de estabilidad, lo ven justamente, pero no lo ven todo. Ciertamente la vida cristiana está basada en hechos y obligaciones que no admiten cambios, como la regeneración bautismal, la fe, la pertenencia a la Iglesia, la animación de la caridad; es, por naturaleza, una adquisición permanente, que no debe ser comprometida jamás; pero es, como decimos, una vida y, por tanto, un principio, una semilla que debe desarrollarse, que exige crecimiento, perfeccionamiento y, dada nuestra natural caducidad y dadas ciertas incurables consecuencias del pecado original, exige ser reparada, rehecha, renovada" (*Insegnamenti di Paolo VI*, vol. IX, pág. 318).

4. El Papa Pablo fue *un sembrador generoso de la Palabra de Dios*. La enseñó a través de solemnes *documentos* de su pontificado. La enseñó a través de las *homilías* que pronunció en diversas circunstancias. La enseñó, en fin, a través de su *catequesis* de los miércoles que, desde su pontificado, entró en el programa habitual de todo el año. Gracias a esto, pudo continuamente "proclamar el Evangelio" (cf. *Evangelii nuntiandi*). Siguiendo el ejemplo del Apóstol Pablo, consideraba el anuncio del Evangelio como su primer deber y como su más grande gozo. Estas catequesis papales llegaron a ser alimento sustancioso para toda la Iglesia, en un período que tenía especial necesidad.

Frente a las inquietudes del período postconciliar, aquel singular "carisma de la Transfiguración" se demostró *bendición y don para la Iglesia*. Y así, Pablo VI se convirtió en Maestro y Pastor de las inteligencias y conciencias humanas, en cuestiones que exigían la decisión de su autoridad suprema. Sirvió a Cristo y a la Iglesia con aquella admirable firmeza y humildad que le permitieron mirar, con ojos de fe y esperanza, el *porvenir* de la obra que estaba realizando.

Al acercarse el primer aniversario de su muerte, recomendamos nuevamente su alma al Cristo del monte de la Transfiguración, a fin de que lo acoja en la gloria del eterno Tabor.

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas: Deseo que cada uno de los visitantes de lengua española y portuguesa presentes en esta audiencia, no se considere como perdido en el anonimato de la muchedumbre, sino como objeto del afecto individual y del saludo personal del Papa, que se dirigen a cada persona, de cualquier nación provenga.

El próximo día 6 de agosto, fiesta de la Transfiguración del Señor, hará un año que murió el Papa Pablo VI. Una coincidencia llena de significado. Es la transformación de la vida terrena, en el encuentro con el Cristo transfigurado; todo un simbolismo de la vida y muerte de quien, como Papa del Concilio, convocado por su predecesor, y como Papa de la aplicación práctica del mismo Concilio, se halló al centro de la transformación eclesial.

Llamando a Sí al Papa Pablo VI en la fiesta de la Transfiguración, podemos decir que el Señor ha manifestado el carisma particular y la fatiga dolorosa de una vida: el carisma de la transformación y el dolor que ésta conlleva. Una obra en la que el Señor ha estado presente, como en el Tabor.

Este Papa ha revelado ese nuevo rostro de la Iglesia que esperaba el hombre y el mundo de hoy; la nueva figura de la Iglesia, que es la misma y a la vez diversa. La misma en su esencia y diversa en su capacidad de constante transformación, atenta a los signos de los tiempos. Ahí están para probarlo la Encíclica *Ecclesiam suam*, el *Credo del Pueblo de Dios*, las normas para la aplicación del Concilio, la actividad del Sínodo de los Obispos, el nuevo impulso del ecumenismo, la reforma de la Curia, la internacionalización del Colegio Cardenalicio y tantos otros hechos que podríamos citar.

Pablo VI, ejemplo de firmeza y de humildad, generoso sembrador de la palabra de Dios con sus escritos, homilías y con sus hermosas catequesis de los miércoles, nos ha manifestado una clara conciencia de la Iglesia, que muestra su identidad en la capacidad de renovación: que halla nueva vitalidad en la fidelidad a la auténtica tradición.

En el aniversario de su muerte, pidamos al Cristo de la Transfiguración que le acoja en la gloria del eterno Tabor.

* * *

Durante la *audiencia general del 30 de mayo pasado*, al hablar de que en el transcurso de la historia, se añadieron a las diversas lenguas del Cenáculo, el día de Pentecostés, cada una de las lenguas eslavas, no mencioné el idioma servio.

Quiero suplir hoy ese olvido. Como se sabe, el origen cierto del cristianismo en Servia se remonta al siglo IX, en coincidencia con la actividad evangelizadora y la cultura religiosa de San Cirilo y

San Metodio. Sin embargo, hay que decir que ya en el siglo VI hubo intentos de evangelización en tierras de los servios. Por otra parte, en un documento del año 1020, debido al Emperador de Constantinopla, Basilio II, se hace mención de la diócesis servia de Ras. El fundador del Estado servio medieval, Stefan Njemanja, fue bautizado según el rito latino, y su hijo Stefan Prvovencani recibió la corona real de manos del Papa Honorio III en 1218. Desde entonces, con alternas vicisitudes, el pueblo servio creció y se desarrolló, siempre sólidamente radicado en la fe cristiana.

Doy gracias, por tanto, de corazón al Señor, porque también en la lengua servia, como en todas las otras lenguas eslavas y en todas las otras lenguas de la gran familia humana, pudo el Evangelio ser anunciado con la fuerza del mismo Espíritu Santo, que se manifestó al comienzo, el día del primer Pentecostés.

(A los jóvenes)

¡Queridísimos jóvenes! Os dirijo mi saludo, lleno de afecto. Bien sabéis cuál es el deseo del Papa respecto a vosotros: deseo que seáis buenos y generosos, superando el mal que existe en la sociedad, con vuestra vida de gracia, con vuestra pureza, con vuestra amistad con Jesús.

Este es el camino justo de la vida; el camino de la verdadera alegría y de la eterna salvación. Pero ¿qué hacer? ¿Dónde está el secreto?

Nos lo dice el gran Santo y Doctor de la Iglesia que hoy festejamos, San Alfonso María de Liguorio, en su libro siempre actual, porque es sencillo y pro-fundo, "Del gran medio de la oración". En la oración: ahí está el secreto.

También yo os exhorto a encontraros con Dios mediante la oración, diciéndoos con San Alfonso: ¡"El que reza, ciertamente se salva"!

(A los enfermos)

¡Queridísimos enfermos! Con especial cordialidad, como siempre, os dirijo mi saludo, que nace del afecto y veneración hacia los que sufren. Saber sufrir con amor, con resignación, con valentía, con confianza, con paciencia, es un gran arte que se aprende solamente con ayuda de la gracia divina, en la escuela de Cristo crucificado, que conoce y santifica nuestro dolor.

San Alfonso María de Liguorio escribió una obrita mística, muy conmovedora, que todavía hoy puede consolar y ayudar: "La pasión de Nuestro Señor Jesucristo". Os exhorto a que la meditéis; os servirá ciertamente de consuelo y alivio en vuestras penas. Que mi bendición os acompañe.

(A los recién casados)

¡Queridísimos recién casados!

También a vosotros llegue mi saludo, junto con los mejores deseos y mi enhorabuena por la nueva vida que habéis empezado.

Siguiendo la viva exhortación de San Alfonso María de Liguorio, os invito a poner vuestra vida bajo la protección de la Virgen.

Una sincera y auténtica devoción a la Virgen María os será de gran ayuda, para ser esposos cristianos, testigos de fe y caridad, padres alegres y generosos.

¡Que os ayude mi bendición!

(A varios grupos de peregrinos)

Saludo con afecto a los peregrinos italianos presentes en esta audiencia: a los numerosos sacerdotes y jóvenes seminaristas, a los religiosos y religiosas, a los grupos parroquiales, a las familias y a todas las personas presentes.

Deseo dirigir un saludo particular a los jóvenes de la "Comunidad de vida cristiana", de la ciudad de Cuneo, los cuales, desde hace algunos años van difundiendo por Italia el mensaje evangélico con sus cantos.

Al agradeceros vuestras melodías con las cuales habéis alegrado esta audiencia, os dejo a cada uno de vosotros, queridísimos jóvenes, una consigna. Me sirvo para ello de las palabras del gran Agustín: "Como suelen cantar los viandantes, también tú canta y camina. ¿Qué significa 'camina'? Ve adelante, ve adelante por los caminos de la bondad" (cf. *Sermo* 256, 3).

Saludo ahora a los miembros del comité que han venido de la isla de Capri trayendo una estatua de bronce de la "Virgen del Socorro", que será colocada en la cima del Monte Tiberio. Al bendecir la imagen de la Virgen, confío vuestras personas a su especial protección, hijos queridísimos, la de vuestros familiares y la de todos los ciudadanos de la isla, y hago votos para que vuestra devoción a la Madre de Cristo sea cada vez más profunda y consciente.